

El legado de los intelectuales. Discurso sobre los héroes¹

OSMAR GONZALES ALVARADO

Universidad Ricardo Palma
osmar.gonzales@urp.edu.pe
Orcid: 0000-0003-4749-1460

RESUMEN

El presente ensayo busca presentar la importancia sobre lo heroico y los nuevos paradigmas en nuestra sociedad, abordándolo académicamente como un fenómeno complejo, que refiere sobre las acciones y valores que promueven el bien común, la justicia y la dignidad humana.

PALABRAS CLAVE: Héroe, Intelectuales, Nación, Estado

The legacy of intellectuals. Speech about héroes

ABSTRACT

This essay seeks to present the importance of the heroic and the new paradigms in our society, addressing it academically as a complex phenomenon, which refers to the actions and values that promote the common good, justice and human dignity.

KEYWORDS: Hero, Intellectuals, Nation, State

¹ Conferencia magistral ofrecida en el Seminario *Lo Heroico y los nuevos paradigmas en la construcción de la identidad peruana*, organizado por el Programa de Estudios Básicos, de la Universidad Ricardo Palma. Lima, 20 de noviembre de 2024.

Introducción

En primer lugar, y como corresponde, deseo y debo agradecer al doctor Félix Romero, rector de la Universidad Ricardo Palma, y al profesor, amigo mío, Rubén Ticona, director del Programa de Estudios Básicos, por la oportunidad para exponer, en esta reunión, un tema tan poco frecuente en las universidades del Perú: el de los héroes, el del papel de la heroicidad en nuestra formación nacional. Este seminario, titulado *Lo Heroico y los nuevos paradigmas en la construcción de la identidad peruana*, busca presentar la importancia sobre lo heroico y los nuevos paradigmas en nuestra sociedad, abordándolo académicamente como un fenómeno complejo, que refiere sobre las acciones y valores que promueven el bien común, la justicia y la dignidad humana. El tema específico sobre el que me toca disertar es acerca de “Los intelectuales y su legado”.

Los intelectuales y su legado

La nación es una comunidad imaginada, pero también es narrada, y ese ejercicio de narración es labor de los intelectuales, precisamente. El argumento de esta exposición, ubicándome en el mirador de lo heroico, y tratando de satisfacer la expectativa de los organizadores, es que los intelectuales transmiten un tipo de imagen sobre la nación peruana que se modifica simultáneamente a las formas de entender la figura del héroe.

En efecto, como señalé al principio, hablar sobre los héroes es un tema inusual que no se trata en la academia, como sí es frecuente hacerlo en los actos públicos en las fechas conmemorativas. Al fin y al cabo, referirse al héroe, es aludir a un individuo, hombre o mujer, que encarna a una colectividad, que expresa una comunidad, a la forma de vida de una nación.

¿Cómo podría un héroe, es decir, una persona con atributos excepcionales, representar a un país como el nuestro que, según José de la Riva-Agüero, mantiene su identidad oculta, que no sale a las regiones de luz; o que provoca un reclamo airado, como la famosa imprecación “¡Queremos patria!” de Víctor Andrés Belaunde; o que es “una nacionalidad en formación” como afirma José Carlos Mariátegui; y que sigue siendo “un problema y una posibilidad”, como señala Jorge Basadre, por citar solo a cuatro de nuestros más ilustres pensadores?

Nuestra fragmentación, social y política, es el resultado de la inacabada consolidación de un Estado nacional, que no ha podido establecer una relación de igualdad entre nuestras culturas, tradiciones y formas de pensar, y en la que prevalece la incomunicación y la discriminación.

Somos muchos los que no nos entendemos; peor aún, no nos comprendemos, pues la comprensión supone empatía, tolerancia y compromiso afectivo con los otros, por muy diferentes que sean de nosotros. Generalmente, somos indiferentes, pero no tolerantes.

Sobre ese terreno social se vuelve muy dificultoso concordar con un tipo de héroe, universal para todos los peruanos. En términos muy amplios, el héroe es aquel que puede dar hasta su vida si fuese necesario en favor del bien común. En ese sentido, también es un protector y un mártir. Es el individuo que ha llegado hasta el límite de sus posibilidades humanas dentro de un contexto que pone a prueba su integridad y generosidad.

Desde la perspectiva bíblica, Jesucristo es la máxima expresión de entrega, que murió por la humanidad.

No puede haber acto heroico sin amor.

El héroe es la personificación de la entrega absoluta y sintetiza los mejores valores que una sociedad ha determinado previamente para sí misma, para su vida y trascendencia. Un pueblo entero representado en un individuo; un individuo como expresión de una comunidad.

Tomando un término del sociólogo francés, Emile Durkheim, el héroe puede ser considerado un símbolo emblemático, porque representa a la nación, a la comunidad, a la cual le ofrece un sentido de vida, le da identidad y enaltece a la cultura que la distingue de otras.

Como muchos autores lo han estudiado, la mitología del héroe nace en la antigua Grecia. Carlos García Gual señala, en *La deriva de los héroes en la literatura griega*, que entre los hombres y los dioses están los héroes, llamados “semidioses” por su fama y su audacia, “tipos magnánimos pero emplazados a la muerte, en su condición de humanos”.

Los héroes son los mejores, los que, con su nobleza de cuerpo y alma, perduran en el sentimiento de sus naciones en tanto figuras ejemplares; son los protagonistas de los grandes mitos; perviven en la memoria colectiva y mantienen “un fabuloso rastro tras la muerte” (p. 13).

Como condición para ser reconocido como héroe este debe ser despojado de su cotidianidad, es decir, de la vida común a los seres como uno; desplazado de

sus afectos y sensaciones, como si no los necesitara; alejado de los usos domésticos. En otras palabras, el héroe requiere ser deshumanizado. En resumen, el héroe en tanto que semidiós, es más que el hombre común y poco menos que las deidades tutelares.

En tanto mortal, el héroe necesita morir para alcanzar la inmortalidad. Paradójicamente, su último suspiro es lo que le da vida eterna. El héroe siempre es un personaje popular, es visto como el salvador indispensable; quizás ello explique, al menos en parte, el delirio de dictadores de creer que encarnan al caudillo necesario que librára a la nación de todos los enemigos, como si fuera un héroe salvador de la nación.

El recuerdo colectivo de sus proezas forja el don de la permanencia del héroe en el tiempo. Sus contemporáneos podrían haberlo conocido, pero son sus sucesores quienes permiten que su presencia, por medio de su ejemplaridad, se prolongue en el pasar de las generaciones; aquí es cuando emerge la importancia del mito. En gran parte, por medio de este, el héroe deja un rastro indeleble en la memoria popular, en la historia o en la mitología, como sostiene García Gual. O como advierte Costica Bradatan “Un mártir necesita un discípulo fiel para que narre sus actos y conserve su posteridad”. Los bardos o aedas que canten sus hazañas.

Al héroe se le ha identificado con el martirio porque se le ha asociado casi exclusivamente, o predominantemente, con la guerra. Cuando pronunciamos la palabra héroe evocamos rápidamente a un soldado que ofrendó su vida por nosotros. Pero si nos desprendemos de la triangulación héroe-guerra-martirio podremos encontrar otras formas de heroísmo, otras encarnaciones del héroe. Por ello, el héroe que sobrevive a la guerra es, posiblemente, visto como un contrasentido.

Retomando a Carlos García Gual, lo citamos:

Como rasgo común a todas las definiciones del héroe, notamos que se trata siempre de alguien admirado, recordado con especial afecto, un ser humano que resulta singularmente ejemplar y digno de emulación y de veneración como una benéfica y extraordinaria figura del pasado. Podríamos decir que, aunque pueda llamarse héroe a alguna persona de nuestro tiempo y tal vez de nuestro entorno, los grandes héroes, los que merecen ese título de modo indiscutible, pertenecen al pasado, un pasado brillante y glorioso, y perviven, gracias a los mitos, en la memoria colectiva. Todos los grandes héroes están muertos (p. 17).

Sobre otros tipos de estos sujetos ejemplares, hablemos del filósofo- héroe, que es la figura opuesta del héroe-guerrero. El área de las ideas más puramente concebidas

también puede ser riesgoso para el pensador, que, por razones diversas, es posible que derive en figura heroica.

Costica Bradatan, en *Morir por las ideas. La peligrosa vida de los filósofos*, sostiene que los filósofos, los pensadores, los productores de ideas, también pueden correr graves peligros por sus convicciones intelectuales, terminando muriendo por la (su) causa. Lo que ellos interpretan acerca de la vida y de la humanidad, dice, termina convirtiéndose significativo para otras personas: "...los seres humanos vienen muriendo 'por una causa' desde que el mundo es mundo. Han muerto por Dios o por la humanidad, por ideas o por ideales, por cosas reales o imaginarias, razonables o utópicas" (s/p).

Se trata de una muerte a la que los filósofos se someten voluntariamente: filósofos que murieron por su filosofía, cuestionando las creencias religiosas predominantes, poniendo en duda el conocimiento de su tiempo y enfrentándose al poder.

Los filósofos no están necesariamente al margen de la lucha política, y por sus ideas también deben afrontar las consecuencias de su incursión en la lucha por el poder. Costica menciona algunos ejemplos. En Atenas, Sócrates fue obligado a suicidarse tomando la cicuta en el año 399 a.C., porque era sospechoso de poner en cuestión la democracia; la filósofa pagana Hipatia, de Alejandría, fue asesinada en el año 416 por una muchedumbre de cristianos; Tomás Moro fue decapitado en 1535 porque se negó a prestar juramento de lealtad a la Ley de Sucesión (es decir, la independización de Inglaterra del Vaticano); Giordano Bruno fue quemado vivo en Roma en 1600 luego de estar preso en las cárceles del Santo Oficio por ocho años, los finales de su vida; Jan Patočka, fenomenólogo checo, murió en 1977 de apoplejía como resultado de la inmisericorde tortura de once horas a la que lo sometió la policía secreta checoslovaca por ser defensor de los derechos humanos.

La muerte de este tipo de héroes orienta la vida y las certezas morales de sus seguidores al sacrificarse, altruistamente, por sus ideas y convicciones. Con ello, dan forma a un estilo de vida, pero, al poner en riesgo su propia existencia, esas mismas ideas los ponen en el umbral de la muerte y ante la experiencia peculiar de un "arte de morir": "...tras el asesinato sacrificial viene una especie de 'sacralización' de la víctima" (s/p).

Entonces, filosofar no es solo la construcción de un cuerpo doctrinal, de pensar, hablar y escribir, también es arriesgar "el propio cuerpo". Estos filósofos-héroes también son mártires y, por tanto, compromete el sentido de deuda de sus sucesores, quienes se encuentran empequeñecidos ante su grandeza. La biografía que se construye de los héroes puede ser cierta o no, y eso es irrelevante, lo importante

es el valor simbólico que proyecta su posteridad, la que les proporciona una existencia nueva. “Su muerte resulta ser, en efecto, de una naturaleza excepcional que encuentra eco en las capas más profundas de nuestra psique, donde están nuestros impulsos e instintos primarios” (s/p).

El héroe en tanto chivo expiatorio permite que, al ser víctima, se convierta en un poderoso agente de cambio social y representa la posibilidad de un nuevo comienzo.

Por otra parte, los santos también deben ser incluidos en esta taxonomía. Ellos se caracterizan por poseer o porque se le atribuyen valores morales superiores, por los cuales pueden sacrificar sus vidas. Los apóstoles de Jesús, al predicar su palabra arriesgaron sus vidas, y efectivamente fue lo que sucedió, murieron crucificados, ahorcados, apedreados, decapitados o producto de ataques de espada o cuchillo. Los mártires jesuitas que fueron a predicar a China fueron torturados y, finalmente, asesinados.

El Papa Francisco dice que los santos son modelados por las Bienaventuranzas: pobres, mansos, misericordiosos, hambrientos y sedientos de justicia; personas llenas de Dios y atentas a las necesidades de los demás.

Más cercanamente a nuestra geografía, tenemos el caso del Monseñor salvadoreño Óscar Arnulfo Romero, ineludible defensor de los derechos humanos, asesinado presuntamente por la dictadura de ese país mientras celebraba la eucaristía en una capilla de hospital. Su martirio inspiró a Rubén Blades para su homenaje mediante su composición “El padre Antonio y el monaguillo Andrés”, que murió sin conocer a Pelé.

Existen también los héroes literarios, como los denomina el escritor y filósofo escocés, Thomas Carlyle, quien en *Sobre héroes, adoración a los héroes y lo heroico en la historia* erige a los hombres superiores o ejemplares como los modelos de conducta a seguir por las sucesivas generaciones. Por ello, si la historia es la consecuencia de las acciones de los grandes hombres, lo importante es narrar, conocer e interpretar sus biografías. Carlyle consideraba que el individuo superior era el personaje fundamental de la historia, capaz de cambiar el rumbo histórico de los pueblos y constituyéndose en la referencia de sus naciones.

En la actualidad, surgen otros tipos de héroes, de actividades que no tienen relación con lo heroico, como la música y el fútbol. El rock ha proporcionado modelos de individuos a las generaciones surgidas desde fines de los años cincuenta del siglo XX. La fama y la diversión han sido unidas con el heroísmo en gran medida

porque los jóvenes se veían reflejados en sus estrellas por su tono contestatario y atrevido, por sus innovaciones musicales y sus retos al orden.

Esta identificación se incrementa con el fallecimiento prematuro del rockero o, en el caso extremo, con su asesinato, como fue el caso de John Lennon, el líder de la mejor banda de rock de la historia.

Por otra parte, el fútbol, deporte catártico de nuestro mundo contemporáneo, también ha sido forjador de figuras heroicas. El arquero que tapa el penal en el último minuto o el delantero que anota el gol que permite la conquista de la ansiada copa o el jugador que debe terminar el partido con el brazo en cabestrillo para no dejar en inferioridad de condiciones a su equipo, entre otros casos, son vistos como héroes, los que expresan la justicia de una causa, simbolizan una identidad colectiva y ofrecen su sacrificio más allá del límite de lo soportable para alcanzar la victoria.

El repaso por el muestrario de los héroes puede crecer infinitamente. Incluso, en la cultura popular estadounidense se considera que los súper héroes de los cómics, que antes se leían en revistas y que hoy se pueden ver en la pantalla del cine, son la mitología moderna de su pueblo. Así, Capitán América y el Hombre Araña, Superman y Batman, por ejemplo, habitarían el firmamento de los dioses de hoy día; serían los sucesores contemporáneos de héroes griegos de la Antigüedad como Aquiles y Hércules. Es el “aporte” del mercado a este tema.

Cada uno puede tener su propia opinión al respecto.

Pero lo que sí deseo destacar es que, a diferencia de en los tiempos pasados, no es el poder el único que “impone” a los héroes y sus características peculiares sobre un pueblo; ahora es el propio pueblo el que define quienes pueden ser “sus” héroes, a condición de encontrar en ello las particularidades físicas y de personalidad que demanda.

Tenemos, pues, un conjunto diverso de héroes, sean militares, civiles, literarios, filósofos, de fe, mitológicos y reales, del pasado y de ahora. Para lo que viene en las palabras siguientes. En este momento, al abordar la relación entre la figura del héroe y nuestra historia, deseo introducir una distinción importante: la que diferencia al héroe como síntesis de las características de un pueblo, de aquel que es héroe en tanto excepcionalidad.

Como apunté al inicio, son pocos los estudiosos que han escrito sobre el personaje llamado héroe. La historiadora Carlota Casalino, autora de la tesis doctoral *Los héroes patrios y la construcción del Estado-nación en el Perú (siglos XIX y XX)* es una de esas excepciones. Desarrolla su análisis preguntando sobre el aspecto de cómo se ha construido la figura de los héroes patrios.

Lo primero que señala es que ha prevalecido una excesiva mirada en las virtudes individuales dejando en un segundo plano a la sociedad en la que han surgido. También apunta que esta construcción anda ligada a "...la configuración de una comunidad fraterna que se reconoce por sus padres fundadores" (p. 7). Asimismo, la autora encuentra dos vías de construcción de esa comunidad fraterna: la que llama "pedagogía cívica espontánea", y "la utilización de la historia y de determinados personajes históricos para que algunos grupos y gobiernos encuentren legitimidad" (p. 7).

Otro aspecto muy interesante de este estudio es la vinculación entre la honra a los héroes patrios y la necrología, es decir, los funerales, los obituarios, los discursos, el rito funerario para resumir. Son la muerte y su celebración los elementos sustanciales que estructuran la imagen de los héroes "como padres fundadores de la República" (p. 9). El héroe es construido desde la rememoración" (p. 9), aun cuando en vida pudo haber sido motivo de agravios y ataques.

La mayoría de nuestros héroes han surgido en dos momentos fundamentales: el tiempo de la lucha por la independencia a inicios del siglo XIX y la Guerra del Pacífico a fines de ese mismo siglo. Estos dos momentos históricos han nutrido nuestro universo heroico y todos están ligados a la guerra. El papel del Estado es la oficialización de los héroes. El Panteón de los Héroes en la más clara expresión de esto.

Al interior de estos propósitos de investigación que Casalino explicita, quiero remarcar uno en especial, y es el que se refiere a "...proponer una nueva interpretación sobre la manera como los sectores dirigentes del país han construido su legitimidad a lo largo de la vida republicana" (p. 13). En efecto, como resultado inevitable de esta forma de entender el asunto, dichos grupos buscan su legitimación en el pasado:

Este carácter episódico, fragmentado o parcelado ha sido, además, uno de los factores que contribuyó a obstaculizar la formación, construcción y consolidación de ciudadanía y, al mantener la sociedad en compartimentos estancos, impidió la búsqueda genuina de un imaginario basado en consensos inclusivos del conjunto de habitantes del país (p. 14).

El análisis de Casalino se centra en el trato que el Estado les dio a los cuerpos de los fallecidos héroes fundadores de la patria, cómo los construye como héroes por medio de los funerales apoteósicos, del discurso, las necrologías, las coronas y oraciones fúnebres. Así, analiza en detalle los casos del Vicealmirante Martín Jorge

Guise; del General Mariano Necochea; del Gran Mariscal Guillermo Miller; del General de División Francisco Vidal; del Gran Mariscal Ramón Castilla; del Tribuno José Faustino Sánchez Carrión y del Gran Mariscal D. Domingo Nieto.

Lo dicho nos motiva algunas reflexiones.

Si tomamos atención en la lista leída, corroboraremos pronto que son personajes propios del Estado criollo en formación. En otras palabras, la construcción de estos personajes como héroes va de la mano, y sostiene, la construcción del Estado peruano el que, asimismo, responde a las características culturales de los criollos.

Para decirlo de manera más clara y directa, las élites criollas requerían forjar un Estado a su imagen y semejanza, por lo que apela a héroes provenientes de la cultura criolla.

En la lista mencionada, no aparecen héroes con características no criollos, como el poeta arequipeño de los yaravíes, Mariano Melgar, y mucho menos el gran cacique cusqueño, Túpac Amaru II, el iniciador de un proceso de luchas que culminó en diciembre de 1824, en los campos de Ayacucho, hace casi exactamente dos siglos, aunque con un proyecto distinto al que encarnaba aquel magnífico rebelde.

En efecto, Túpac Amaru representaba un proyecto indígena, de élite y popular simultáneamente, que buscaba atraer a los otros estamentos que sufrían los estragos del orden colonial, incluyendo a criollos de provincia y de lo que podemos llamar ahora clase media. Un proyecto que fue forjándose profundamente antihispanista y en contra de las élites criollas identificadas con el orden colonial.

La exclusión de Túpac Amaru expresa con nitidez lo ya mencionado en un momento anterior: que la división o fragmentación social y cultural impide la identificación universal de la nación con un tipo de héroe, por más esfuerzos que hayan puesto las élites gobernantes en lograrlo. Solo recién en la década del setenta, durante el gobierno reformista militar de Juan Velasco Alvarado, se le reconoció al rebelde cusqueño su calidad de héroe patrio, de precursor de la independencia.

La Guerra del Pacífico (1879-1883) es el otro acontecimiento que reportó varios héroes a la nación, pero de un solo espacio: el militar. El primero, tanto cronológica como por su capacidad de expresar simbólicamente el heroísmo, fue Miguel Grau. Sus condiciones precarias, de desventaja frente a un enemigo mejor armado, su audacia y su valor demostrado en el combate quedan cortas frente a sus cualidades propiamente humanas: misericordioso, comprensivo, caballero, generoso, magnánimo.

Su noble gesto ante la viuda del almirante de Pratt, cual fue el de devolver su espada, la que pudo haber retenido como trofeo de guerra, acompañada de una sen-

sible carta de condolencia, nos revelan a un ser humano excepcional, que no pensó rehuir de su misión a pesar de la incuria de los gobernantes y de las peleas entre las élites que llevarían al país al fracaso.

Manuel González Prada, la conciencia de los gobernantes de su tiempo, no pudo inhibirse del elogio a, en sus palabras, “[e]se marino forjado en el yunque de los espíritus fuertes”, y al que se puede aplicar las palabras que dirigió al apóstol laico, Francisco de Paula González Vigil, el denunciador de la corrupción en tiempos del presidente Agustín Gamarra: “Solitaria columna de mármol a orillas de un río cenagoso”.

Con respecto a Grau y Bolognesi, González Prada escribe:

Sin embargo, en el grotesco i sombrío drama de la derrota, surjieron de cuando en cuando figuras luminosas i simpáticas. La guerra, con todos sus males, nos hizo el bien de probar que todavía sabemos enjendrar hombres de temple viril. Alentémonos, pues: la rosa no florece en el pantano; i el pueblo en que nacen un Grau i un Bolognesi no está ni muerto ni completamente dejenerado.

Dos cosas son importantes de subrayar: la asociación que hace González Prada de las élites gobernantes con el pantano y el río cenagoso. Ello nos indica su visión crítica acerca del orden político construido desde la fundación de la República y del Estado independiente; un orden que no tenía posibilidades de llegar al éxito. Pero lo más importante es que González Prada modifica la concepción sobre el héroe, ya no como representativo de las características y valores de una colectividad, sino que, al contrario, entiende al héroe en el Perú como una excepcionalidad, el que se eleva sobre el lodo de los gobernantes.

Grau, Bolognesi, Ugarte y otros, son héroes que murieron defendiendo la patria. La pregunta es si es imprescindible morir para ser considerado héroe. El contraejemplo de aquellos es el general Andrés A. Cáceres que defendió hasta sus últimas posibilidades el territorio nacional, se enfrentó y enloqueció al ejército chileno, se apoyó en los campesinos del centro para organizar guerrillas que le infligieron duros golpes. Pero a pesar de los esfuerzos chilenos no pudieron abatirlo. Cáceres no murió.

Jorge Basadre decía que lo que le faltó a Cáceres para alcanzar la grandeza máxima fue morir en la batalla de Huamachuco, el 10 de junio de 1883, la última resistencia de los patriotas, guerrilleros de origen campesino. Luego de Huamachuco advino la capitulación de Miguel Iglesias.

Cáceres sobrevivió, pero murieron muchos peruanos, sobre los que casi no se dice nada. Después de la guerra, el gran militar sería parte de las luchas mundanas por el poder.

Pero hubo otros héroes, como los niños que defendieron Lima y las mujeres que si bien no tomaron las armas estuvieron junto a los soldados arriesgando la vida.

Al igual que con los héroes indígenas, el Estado ha tardado en reconocer la heroicidad de mujeres históricas y ejemplares, como Micaela Bastidas y María Parado de Bellido, por ejemplo, y en el futuro se seguirá, por la fuerza de los hechos y de la justicia, incorporando a otras mujeres heroicas.

Otro aspecto que está presente pero que no se aborda con cuidado es el siguiente: las élites gobernantes necesitan héroes para legitimarse ante la población, pero ese mensaje no es lo suficientemente potente para lograrla ante una población que no ha sido integrada de manera plena al Estado en tanto ciudadano integral, pero que sí es capaz de identificar ese piso pantanoso del que hablaba González Prada.

Entonces cuando las élites gobernantes ponen en movimiento el dispositivo del héroe ellas mismas terminan siendo exhibidas en su mediocridad. Ponerse frente al espejo del héroe, su héroe, las coloca ante su escasa relevancia y fracasos. Mientras más grandeza del héroe, más pequeñas se revelan.

No existe mayor acusador que la figura de Miguel Grau. Su muerte es consecuencia de la incuria y rivalidades de las élites que se manifestaron en plena guerra.

El resultado es que el símbolo de los héroes puede hacer poco para legitimar a las élites gobernantes ante la colectividad nacional. A ello hay que añadir, recordando lo dicho antes, la fragmentación social, y ahora más que nunca la realidad de un individualismo extremo promovido desde el propio poder. Esa base social hace muy difícil constituir sentimientos comunes que las figuras heroicas solo pueden potenciar, no crear.

Desde el siglo XX fue surgiendo un nuevo tipo de héroe que ya no proviene del Estado sino de movimientos sociales y partidos políticos opositores al orden oligárquico. Aparecen entonces los héroes apristas fusilados en Chan-Chan, los guerrilleros de izquierda asesinados, los militantes exiliados, torturados o desaparecidos; así como trabajadores mineros masacrados, campesinos abatidos, en fin.

Décadas después, en el tiempo de la violencia política, los campesinos indígenas fueron muertos en medio de las balas cruzadas. Como resalta la Comisión de la Verdad y la Reconciliación, quienes encarnaron las víctimas fueron las mujeres campesinas, analfabetas y viudas, que solas debieron asumir el mantenimiento de

sus familias como consecuencia de la violencia desatada por Sendero Luminoso. Cada uno podría reclamar sus propios héroes, no hay unificación social ni simbólica; los héroes poco pueden hacer al respecto.

Basadre señala en alguna parte que ahora se requiere de un “héroe sereno”, lejos de la épica de las batallas, de las aventuras extraordinarias, de las gestas maravillosas. Entendemos que necesitamos un héroe que en vez de ser arrancado de la cotidianidad nazca de ella; que al contrario de esperar de él condiciones extraordinarias se parezca a nosotros lo más posible; que no necesite morir sino mantenerse vivo en la lucha; que no venza enemigos terribles y monstruosos, sino que sea capaz de derrotar los obstáculos de la vida diaria como la corrupción, la injusticia, la pobreza, aun cuando sea en las peores condiciones; un héroe que no tiene que ser necesariamente individual, sino colectivo. Ello entraña enfrentarse a los límites de la existencia humana, pero también toparse con la esperanza y vivir en ella.

Michael Ignatieff, en *En busca de consuelo*, habla sobre esto:

Resignarse a la vida es darse por vencido, renunciar a cualquier esperanza de que pueda ser diferente. Reconciliarse con la vida, en cambio, nos permite mantener la esperanza en lo que pueda deparar el futuro. Para reconciliarse hay que hacer primero las paces con nuestras pérdidas, derrotas y fracasos. Reconciliarse es aceptar esas pérdidas, aceptar lo que nos han hecho y creer, a pesar de todo, que no tienen por qué marcar nuestro futuro ni frustrar las posibilidades que nos quedan (s/p).

Es imperativo volver al pensamiento y preocupación antropocentrista que coloque al ser humano en el centro de toda acción. Si los héroes son vistos como una síntesis virtuosa de lo que es o debería ser la nación, el papel de los intelectuales en ello sustancial: referirse a los sujetos de ideas se vuelve imprescindible. Son quienes construyen argumentos, genealogías, explicaciones sobre la vida nacional y avizoran su derrotero.

Los intelectuales modelan el llamado carácter nacional, o al menos así lo buscan hacer mediante sus reflexiones o, también, creaciones literarias. Dan sentido a los miembros integrantes de una comunidad nacional y les proporciona un proyecto y una finalidad. Son fundamentales en la formación teórica de lo que hace poco más de un siglo se denominaba psicología colectiva. Como señala Edgar Montiel, la nación no podría existir sin el papel que desempeñan los sujetos de pensamiento.

Desde los inicios de la República serían los ideólogos, los pensadores, quienes marcarían el paso de las reflexiones de las élites. Liberales absolutos elevaron como

héroes a aquellos que encarnaban el proyecto ideológico liberal que se expresó desde la primera constitución.

Aquellos individuos que ofrendaron todos sus esfuerzos y hasta su vida a la fundación de la República liberal, por más alejada que esta estuviera, en tanto idea, de la realidad social, eran reconocidos como héroes y precursores, y no importaba que se tratara de gobiernos constitucionales o dictatoriales. La nación se eleva por medio de sus héroes. Dice Casalino:

Por consiguiente, ni las fuerzas autoritarias, ni las civiles, ni los ciclos modernizadores construyeron una identidad colectiva que articule a los peruanos en base a los héroes patrios fundadores de la República. El Panteón de los Próceres deviene así en un espacio donde se reflejan las tensiones sociales, la fragmentación en la construcción del imaginario y la abundancia de propuestas que ocultan la incapacidad para contar con un corpus común (p. 14).

Al nacer la República desde un hecho bélico, sus héroes respondían a esa característica. Así, el panteón de los héroes se pobló de criollos militares o de aquellos ligados a hechos militares, como si no hubiera otra forma de ser uno. Esa es una de las explicaciones, entre otras posiblemente más de fondo ya esbozadas, de por qué personajes como Túpac Amaru o Mateo Pumacahua o Mariano Melgar no entran en la caracterización de héroes de la fundación de la República. Provenían de otras formas de pensamiento y de cultura no reconocidas como iguales en el relato oficial.

Casalino lo resume así: "...fracasó la construcción de la 'communitas espontánea' que permite generar sentimientos compartidos a partir de la experiencia común suscitada por la participación en los rituales en torno a los héroes" (p. 15).

Como aludí poco antes, la inestabilidad de la República se encontró de cara con otro hecho bélico: la Guerra del Pacífico. Otra oportunidad para la aparición de héroes del mismo corte. La defensa del territorio invadido hizo visible este tipo de héroe, militar, y en las peores circunstancias, en desventaja, con todo en contra.

Pero, así como surgieron héroes excepcionales, igualmente emergieron los personajes nefastos, los que se fueron en plena guerra, los que dieron golpes de Estado y proclamaron la dictadura, los incapaces de tomar decisiones adecuadas y oportunas, los insensibles frente al drama nacional prefiriendo azucar los conflictos de bandos entre los propios peruanos.

Solo un personaje civil pudo vestirse de héroe: el presidente Francisco García Calderón y Landa, que sufrió destierro por no aceptar mutilar nuestro territorio

en favor de Chile. Ello le costó el poder y lo llevó al exilio, pero también, y simultáneamente, el prestigio y aura de hombre superior, de héroe que defendió la integridad nacional sin utilizar armas.

Los intelectuales debían modificar sus modelos de héroes y de nación. Ya no podían edificarse sobre el hecho de la victoria en el campo de batalla ni en el virtuosismo de sus élites. Los hechos estaban demostrando una realidad muy diferente. Se establece un campo intelectual en el que se ofrecen, polémicamente, dos tipos de relación entre los héroes y la nación: como encarnación de sus virtudes y como excepcionalidad.

Después de 1883 aparecieron estas dos formas de entender al héroe, área que volvería a enfrentar, aunque implícitamente, a las dos figuras de nuestras letras hacia fines del siglo XIX: Ricardo Palma y Manuel González Prada. El primero traslucía la visión del héroe representativo, mientras que el segundo la del héroe como individuo excepcional, que tiene poco que ver con la desesperanzadora realidad de la vida nacional.

Las tradiciones de Palma y los textos virulentos de González Prada son las evidencias empíricas de lo dicho. Quien quiera acercarse a cómo entendían el papel del héroe de cara a la nacionalidad solo debe leer sus escritos. Este fue otro de los temas que los alejaron y colocaron en las antípodas del pensamiento peruano decimonónico.

La psicología de masas contribuía a descubrir las características de las colectividades nacionales, sus psicologías distintivas. En ese marco de interpretación los héroes fueron mayormente comprendidos dentro del ejemplo de Palma: el sujeto ejemplar como expresivo de los valores del país. Grau no sería el héroe que reconocemos y veneramos de no sintetizar lo mejor que pensamos de nosotros.

Al mismo tiempo, predominaba la convicción de los héroes como sujetos individuales excepcionales. Lo colectivo no cumplía un papel en esta mirada. La psicología de masas podía ser útil para identificar lo común que puede tener la multitud, pero no para distinguir al sujeto extraordinario, al epónimo.

Autores de primer nivel como, por ejemplo, José de la Riva-Agüero, Francisco García Calderón o su hermano Ventura (estos dos, hijos del presidente en tiempos de la Guerra del Pacífico), comparten la idea sobre el individuo heroico. La generación del 900, en su primer momento idealista, entendía que los grandes valores se encarnaban en el héroe individual. Traducido a la política, esta base de interpretación explica su apuesta por el caudillo necesario.

Víctor Andrés Belaunde tiene elementos distintivos al provenir del pensamiento cristiano, en el que toma relevancia el sentido corporativo de la vida social, el valor de la familia, además del hecho de que, arequipeño al fin, relieves la participación colectiva en la vida nacional.

Pero los que dan un cambio cualitativo en la interpretación sobre los héroes son los intelectuales del Centenario de la Independencia. Raúl Porras Barrenechea sostenía, por ejemplo, que pensamos que el Perú no tenía héroes que conquistaron la Independencia y creemos que estos solo provinieron de Argentina, Colombia o Chile. Pero, contradiciendo esta afirmación, fustiga que solo vemos el aspecto militar y soslayamos la decisiva participación del elemento civil, que incluye a los ideólogos. Basadre varía dicho punto de atención y se dirige a comprender la multitud o multitudes peruanas. Luis Alberto Sánchez escribiría, en una carta personal, a Riva-Agüero que había llegado el tiempo de la masa.

De una u otra manera, el héroe fue obteniendo un tono revolucionario, y no solamente al de un combatiente que emerge frente a la amenaza externa, el invasor, el agresor extranjero. El nuevo héroe que aparecía en los análisis debía combatir con los enemigos internos y no tenía un carácter de defensa del territorio sino de lucha contra la explotación. Además, cobraba relevancia la figura del héroe colectivo, ligado directamente a una causa de liberación social, económica y política.

Finalmente, se entendía que la lucha de este héroe colectivo y diario tenía la necesidad de unir sus luchas a las de otros trabajadores de otros países. Las nuevas ideologías que emergían ya tenían poco que ver con el liberalismo original que fundó la República. El anarquismo, el socialismo y el aprismo aparecían como conjunto de ideas que tenían la misión de destruir para poder construir de nuevo el edificio social.

En todo esto hay matices, como el mesianismo de Luis E. Valcárcel que profetizaba una tempestad que, proveniente de los Andes, arrasaría con todo lo extraño y expulsaría del país a los foráneos, y para ello, decía, era imprescindible que se produzca la aparición del Lenin andino.

Emergen héroes populares que no son reconocidos necesariamente por el Estado, por el mundo oficial. Revolucionarios, guerrilleros, rebeldes son los nuevos habitantes del firmamento heroico. Si a inicios del siglo XIX se trató de una guerra de independencia nacional, desde los años 20 del siglo XX se trató de una lucha revolucionaria liberadora de los oprimidos.

Como ya señalé, cada grupo político fue exaltando a sus propios héroes, no hubo posibilidades de constituir un cuerpo de héroes que expresara y representara

a toda la nación. En los años setenta cambiaron muchas cosas, y no solo en el plano político-estatal y económico-social, también lo hizo en las claves interpretativas de los sujetos de ideas que se tradujeron en decisiones estatales.

El solo hecho de reconocer a Túpac Amaru por parte del reformismo militar de Velasco trajo un sismo en la vida intelectual, como ya fue mencionado. Pero también es el tiempo del surgimiento de la concepción del Dios de los pobres propia de la teología de la liberación.

El padre Gustavo Gutiérrez, recientemente fallecido, es el ideólogo de esta manera de comprender la palabra de la Biblia. Un Dios social, que no se pone del lado de las poderes políticos y económicos, sino de los sujetos cotidianos que luchan sin cesar por superar sus difíciles condiciones de vida que el Estado ni los sectores gobernantes se interesan en dar solución.

Los intelectuales del velasquismo y de la teología de la liberación comprenden de otra manera el papel del héroe. Se busca la heroicidad no en el plano de lo oficial, sino en el social y cotidiano. No en las élites, sino en los pobres y excluidos. Son otros los espacios en los que se indaga por los héroes.

Puede resultar paradójico que, en el momento actual, en el que prevalece el discurso del individualismo, y que es también tiempo de una honda fragmentación social, no se relieve el papel del individuo heroico, aunque algunos autores enaltecen la figura del emprendedor, idea que esconde profundos dramas humanos.

Por otro lado, buena parte de los intelectuales han dirigido sus análisis a comprender la sociedad, los movimientos sociales, el papel del pueblo. Es decir, lo colectivo. En estas evaluaciones subyacen posiciones ideológicas y políticas las cuales no es momento de establecer en esta reunión.

Surge, entonces, lo que Basadre denominaba el “héroe sereno”, alejado de las épicas bélicas, inmerso en sus luchas cotidianas, plural y diverso como lo expresan las mujeres que deben superar tanto sus precarias condiciones de vida como los prejuicios y la violencia que pesan sobre su existencia; los defensores de los derechos humanos, de una relación armoniosa con la naturaleza y de una vida digna en la que sea posible sonreír y mirar el futuro con optimismo. Se trata de construir, en suma, una nación y de un Estado en el que todos podamos exhibir nuestra condición de ciudadanos, plenos y libres.

Una última llamada de atención sobre una singularidad: en la medida que los intelectuales entienden a la nación cada vez más como integración y diversidad, la idea del héroe como un sujeto excepcional va perdiendo relevancia.

Lo que la sociedad entiende, parece no comprenderlo el Estado: los nuevos héroes ya están entre nosotros, es cuestión de saber en dónde mirar. Sus actos heroicos son cotidianos. La academia tiene el deber de hacerlos visibles.

Referencias

- Basadre, J. (1969). *Historia de la República*, tomo I. Lima: Editorial Universitaria
- Bradatan, C. (2022). *Morir por las ideas. La peligrosa vida de los filósofos*. Editorial Anagrama.
- Casalino Sen, C. (2008). *Los héroes patrios y la construcción del Estado-nación en el Perú (siglos XIX y XX)*. Tesis para optar el grado académico de Doctor. Unidad de Postgrado. Facultad de Ciencias Sociales. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- García Gual, C. (2020). *La deriva de los héroes en la literatura griega*. Editorial Siruela. https://www.siruela.com/archivos/fragmentos/La_deriva_de_los_heroes.pdf
- González Prada, M. (1885). *Grau*. <https://www.voltairenet.org/article143771.html>
- Ignatieff, M. (2023). *En busca de consuelo. Vivir con esperanza en tiempos oscuros*. Barcelona: Editorial Taurus.
- Montiel, E. (2018). *Ensayos de América: interrogar nuestro tiempo*. En Rojas, J. (comp.). Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.